

## LA OBRA DOCENTE Y ACADEMICA DEL DOCTOR ALFONSO PRUNEDA \*

F. FERNÁNDEZ DEL CASTILLO

Académico de número

“.. Nada hay en la Naturaleza más fecundo que la inteligencia; lo que pasa es que, a diferencia de la mies que recogemos a plazo fijo y nos llena las manos, el producto del humano ingenio tarda, a veces, en brotar, y quizá surge en campos inesperados y tan remotos, que no nos damos cuenta de que acaso fuimos nosotros los que arrojamos la semilla.”  
GREGORIO MARAÑÓN.

El doctor Pruneda, en su vida profesional y científica, tuvo el privilegio, que no a muchos fué concedido, de haber participado en momentos culminantes de la historia de nuestra cultura.

En los primeros años de su juventud intelectual contribuyó con sus afanes a la obra de ese gran reconstructor de la Educación Nacional, el maestro don Justo Sierra, y con no menor entusiasmo colaboró con el joven clínico de principios del siglo, José Terrés, quien reformó entre nosotros a la enseñanza médica. Después de esos años de ensueño constructivo, el doctor Pruneda tomó parte en la reforma cultural que siguió a esos grandes acontecimientos: la Revolución, y la Primera Guerra Mundial. Fué rector de la Universidad Nacional y ha continuado hasta hace poco tiempo en sus cargos universitarios y académicos, impartiendo la cátedra, inaugurada por él, de Medicina Social e Higiene del Trabajo.

Nada más emotivo que rememorar el gran movimiento cultural durante los últimos cincuenta años, acontecimiento que fué tema en reciente y magno congreso científico. He dicho emotivo, porque en ese movimiento fueron protagonistas muchos de nuestros maestros, de los cuales aun viven algunos.

\* Leído en la sesión especial del 13 de agosto de 1952, con motivo de la celebración del 50° año de recepción profesional del doctor Alfonso Pruneda, ex-secretario perpetuo y miembro honorario de la Academia.

“La generación del discípulo participa de la realidad del maestro, como dos ruedas dentadas participan, cada cual en su distancia intransferible, del mismo movimiento.”

La biografía de un hombre no puede valorarse sino en relación a su tiempo y comparando ese tiempo con el nuestro. El doctor Pruneda ha vivido, gozando de plena diaphanidad mental, en tiempos diferentes.

Y ya que hace un momento he mencionado a don Justo Sierra, y he recordado que el doctor Pruneda estuvo al frente de la universidad como rector de ella, no puedo menos de repetir unas frases de aquel inmenso educador, que, tal pareciera, el maestro a quien hoy festejamos, adoptó como lema en su prolongado camino de maestro universitario. “Me la imagino así —decía Justo Sierra al referirse a la Universidad—: un grupo de estudiantes de todas las edades, sumadas en una sola, la edad de la plena aptitud intelectual, formando una personalidad real a fuerza de solidaridad y de conciencia de su misión y que, recurriendo a toda fuente de cultura, brote de donde brotara, con tal que la linfa sea pura y diáfana, se propusiera adquirir los medios de nacionalizar la ciencia, de mexicanizar el saber.”

El joven médico Alfonso Pruneda se iniciaba a la vida profesional en los albores de nuestro siglo. Como preparación ética y cultural, contó con el legado espiritual del padre, fundador y director de una escuela particular: el Colegio Guadalupano. Sus estudios superiores los terminó en la Escuela Preparatoria, que aun tenía entonces el sólido prestigio de su enciclopédica enseñanza que, como herencia de Gabino Barreda, se impartía en sus aulas y gabinetes por un profesorado selecto.

Creo que no está por demás hablar del panorama que presentaba la medicina en nuestro país cuando el nuevo médico, doctor Pruneda, dejaba las aulas de la Escuela de Medicina y las cuidadas salas del Hospital Béistegui donde hiciera sus prácticas.

Estaban entonces en plena aptitud y actividad los discípulos directos de Miguel Jiménez, de Rafael Lucio, de Ricardo Vértiz y de otros cuyo mérito principal consistió en cultivar la observación pura en el enfermo. No es mi intención hacer aquí una descripción del árbol genealógico de nuestra medicina, desde sus raíces, que son la Facultad de la Real y Pontificia Universidad, el Real Colegio de Cirugía y los viejos Hospitales Coloniales, hasta nuestros actuales institutos altamente especializados y cuya misión es la asistencia a los enfermos, la investigación y la enseñanza. Pero es conveniente decir que un progresivo afán de perfeccionamiento, una insatisfacción por lo actual y deseos de algo mejor con el tiempo, había empezado desde fines del siglo XVIII con José Ignacio Bartolache, y más sólidamente a principios del siglo XIX con Luis José Montaña. Ese deseo de

avanzar, transmitido de generación en generación de nuestros médicos (y una de cuyas realizaciones en momento estelar fué la fundación del Establecimiento de Ciencias Médicas en 1833), había hecho que mediara un abismo entre los viejos profesores de la generación anterior al año de 1900, y sus precursores de menos de un siglo, que pretendían curar con silogismos, y lo que es peor, con drásticos purgantes, aparatosas sangrías o desastrosa poliformacia.

La época de los Jiménez, los Lucio, los Ortega, ha sido llamada la época de oro de nuestra Escuela de Medicina, pero la creo bien justipreciada por un profesor de ella, el doctor Ocaranza, quien, en solemne inauguración de cursos, decía: "...oímos la historia de nuestra escuela; particularmente la de sus grandes épocas, la de sus hombres eminentes; también hemos escuchado hermosos lirismos y todo ello lo vemos demasiado grande, inspirados por el canto de sirena de nuestra vanidad o bien por el justo, loable y muy disculpable cariño que le tenemos los que pasamos allí los años de la ilusión. Su grandeza, sin embargo, no debe pertenecer a una época limitada, ni ha de ser creada por la mano de un hombre transitorio, sino para todos los tiempos".

El oro de esa edad hubiera sido deslustrado por la acción de los años, pero antes de comenzar el presente siglo, un joven médico, José Terrés, había insistido en que los errores cometidos en el diagnóstico eran debidos principalmente a una defectuosa exploración de los enfermos, y desde el año 1893, siendo jefe de Clínica, había contribuido a la escasa producción de la literatura médica en México con la impresión de folletos que trataban acerca de la exploración clínica que fueron material para que más tarde se publicara el libro clásico en México, *Manual de Propedéutica Clínica*. El empeño del autor tuvo efecto, pues culminó en una reforma del Plan de Estudios en que se instituyó, como iniciación a la clínica, la importante asignatura de la Clínica Propedéutica.

Cuando el jefe de Clínica José Terrés se hizo profesor del tercer curso, su prestigio hizo que a su alrededor se formaran grupos que crearon escuela, propugnando por un orden estricto en la exploración y enumeración de datos en ella recogidos; connotación precisa en el lenguaje empleado; depuración en éste de barbarismos o de equívocos; y principalmente, el principio cartesiano de distinguir entre los hechos y las conclusiones que de ellos inferimos. De los discípulos de José Terrés, varios fueron presidentes de esta Academia y algunos ennoblecen con su efigie nuestro salón de sesiones.

Alfonso Pruneda fué entonces el jefe de Clínica del doctor Terrés. Una interesante publicación, llamada *Anales de la Escuela Nacional de*

*Medicina*, apareció en esos años. Consistía en una colección de historias clínicas, con las conclusiones de los alumnos, y las conferencias que daba el profesor, sugeridas por los casos estudiados. La clínica a cargo del profesor Terrés fué la que más colaboración proporcionó y la que provocó mayor interés. El jefe de Clínica, Pruneda, contribuyó al lucimiento y fruto de la cátedra. Seleccionaba enfermos en serie y proporcionaba la literatura adecuada, con artículos publicados entonces recientemente, en revistas médicas europeas o norteamericanas. Una ordenada distribución de tiempo le hizo posible coordinar las actividades docentes y profesionales, y escribir artículos, en revistas médicas, que tuvieron en México absoluta prioridad, tales como el diagnóstico de la tuberculosis con los rayos X, la acción del rádiom, y otros temas que entonces constituían verdaderas novedades. Además ayudaba al doctor Terrés en la redacción de su *Manual de Patología Interna*, obra profusa que sirvió de texto en nuestra Escuela de Medicina, y que, si bien hoy día es puramente de interés histórico, tiene el mérito de ser el primer esfuerzo logrado en México entre las publicaciones de esa índole.

Después fué llamado por don Ezequiel Chávez, colaborador de don Justo Sierra, para ocupar el importante cargo de jefe de la Sección de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes. Recuérdese que, por aquel entonces, aun no se inauguraba la Universidad. El nuevo cargo exigía que, en la persona que lo desempeñaba, estuvieran reunidas una buena preparación profesional y en la docencia, cualidades de organización y una amplia cultura. Pronto los hechos dijeron que la elección había sido acertada. El nuevo y joven funcionario no se encerró en el estrecho y cómodo reducto de la rutina burocrática. Con la convicción de que la medicina tendía a ser de un carácter cada vez más social, propugnó por la fundación y organización del servicio médico escolar. Se buscó la colaboración de don Manuel Uribe y Troncoso, a quien se nombró jefe del Servicio, y la colaboración también de los dermatólogos Jesús González Ureña, Ricardo Cicero y Eugenio Latapí. Se hizo el examen sistemático de todos los escolares y se recomendó a los padres el debido tratamiento a las enfermedades que se encontraban. Se estableció un servicio de antropobiometría, y se quitó el padrón de incapaces o perezosos a los niños con miopía o sordera descuidadas. Para los niños enfermos de la piel, y a instancias del mismo doctor Pruneda, se fundó una escuela que llevó el nombre de "Doctor Balmis", aquel médico que, por encargo del rey don Carlos IV, trajo la vacuna a México y la propagó por el mundo.

El año 1906, por gestiones del doctor Fernando Zárraga, se estableció en el Hospital Juárez, del que era director, una Clínica Médica. La novedad consistía en que en ese hospital la enseñanza quirúrgica era la única que hasta entonces se impartía. Las justas razones del doctor Zárraga eran el hacer compatible para los practicantes el trabajo hospitalario con la asistencia a las clases. Fué entonces cuando el doctor Pruneda se hizo cargo del primer curso de Clínica Médica desde el año de 1907 al de 1913. En los *Anales de la Escuela Nacional de Medicina* ya citados se conservan impresas sus cátedras a la cabecera del enfermo. Sus enseñanzas eran tan rigurosas como las del doctor Terrés, pero las llevaba a cabo con más amenidad que el maestro. Sus lecciones las leí de estudiante y las volví a leer más tarde con interés y deleite. Sus explicaciones son claras y sencillas y son de aquellas que dice Marañón "cuyo secreto estriba en que todo lo que tanto costó aprender, puede reducirse a unas cuantas páginas: y sobre todo, en que cada frase debe ser vehículo riguroso de una idea, en que toda palabra que nada dice estorba aunque sea bella, y que ninguna retórica supera en atractivo y gracia a la claridad". Pedagogo por herencia, por educación y por convicción, no escatima el profesor Pruneda esfuerzo alguno por que el estudiante aproveche su trabajo y obtenga los mejores frutos. Por eso, es el primero, que yo sepa, que hace que sus discípulos empleen en las historias clínicas esquemas y diagramas donde están representados, con símbolos sencillos, los signos físicos encontrados en la exploración del enfermo.

Conocí al doctor Pruneda hacia el año de 1919, cuando ya había dejado su clase de Clínica e impartía el primer curso de Patología Interna. Sus discípulos de entonces recordamos con afecto, con emoción casi, el viejo y cómodo salón que aun conservaba vestigios de pretérita solemnidad: la elevada tarima y elegante dosel de terciopelo guinda, y el retrato al óleo del prócer don Miguel Jiménez. Ahí el doctor Pruneda iniciaba su curso con conferencias inspiradas del bello libro de Roger *Introducción a la Medicina*, pero con citas y ejemplos de la tradición y actualidad mexicanas. Había adoptado el método socrático y en las clases reinaba un ambiente de respetuosa confianza. Asistía con una puntualidad ejemplar. Para él no tenía sentido el hermoso símil de Horacio Mann, cuando recomienda a los maestros que no escatimen el tiempo asignado a la enseñanza, recordando, ciertamente con exageración, al avaro que lima el canto de las monedas para obtener un poco de polvo de oro, ni tampoco podía aplicarle la comparación del mismo Mann cuando dice que defraudar a los discípulos en la misión de enseñarles equivale, como en el pasaje del Evangelio, a darles en vez de pan una piedra, y un escorpión en lugar de una flor.

El año 1921 se le adjudicó la importante cátedra de Patología General, verdadera filosofía de la Medicina. Por aquel entonces se había descubierto entre nosotros la desigual importancia que se daba a las disciplinas anatómicas y la escasa que se otorgaba a las biológicas. Los tiempos habían cambiado, pero la transformación consumada era comprendida por el doctor Pruneda, quien en cierta ocasión emitió un concepto que fué repetido innumerables veces: "los alumnos de la Escuela de Medicina entran por un gran pórtico que lleva escritas en su clave estas palabras: *Biología General*, y salen por otro en donde la inscripción cambia por *Patología General*".

Ya para entonces, el doctor Pruneda, quien había sido uno de los promotores de la higiene escolar, un apóstol de la divulgación higiénica en la Universidad Popular, y jefe de la Campaña contra el Tifo durante la desoladora epidemia de los años 15 y 16, había sido llamado por el doctor Gabriel Malda, jefe del Departamento de Salubridad, para colaborar con él como Secretario General. Su actuación en este importante cargo no me toca por ahora comentarla.

Comenzando su carrera docente como jefe de Clínica del año 1903, y después como profesor asiduo de Clínica Médica y de Patología General, llegaba, a fines de 1924, a la meta de su trayectoria universitaria, al ser nombrado rector, cargo que desempeñó durante cuatro años.

Estos años, los del doctor Pruneda en la Universidad, correspondieron a una época de inquietud progresista, que se manifestaba principalmente en los médicos que constituían la joven generación y cuyo centro, el Hospital General, era el campo de sus actividades.

Este movimiento no surgió al acaso. Tuvo sus antecedentes, que el doctor Ignacio Chávez analiza en su libro *México en la cultura médica*: "José Terrés, desde su clínica, metiendo el espíritu científico en la medicina; Rosendo Amor, desde la dirección de la Facultad, implantando reformas en la enseñanza, para hacerla objetiva; Fernando Ocaranza, desde su cátedra, despertando el amor por la fisiología, tan abandonada hasta entonces, y formando a su alrededor un grupo de jóvenes que prolongaran su enseñanza; Gastón Melo y Francisco de P. Miranda, ambos desde la cátedra y desde el Hospital General, iniciando una nueva clínica de signo funcional en que el laboratorio entraba de lleno en el arsenal médico; Manuel Gea González y Gonzalo Castañeda, enseñando una nueva clínica quirúrgica imbuída de las mismas ideas y ajustadas al mismo rigor. Todos ellos fueron un grupo avanzado y un factor decisivo en el advenimiento de la medicina actual". Este advenimiento cristalizó con las nuevas generaciones médicas que, fundidas en una sola, comprendió el momento en que vivía y no traicionó su destino.

En la Beneficencia Pública y sus Hospitales, en la Facultad y en las Sociedades Médicas, hubo un Renacimiento, por no decir una Revolución, que continuando hasta el presente ha sido capaz de levantar nuestros modernos institutos y hospitales. Si menciono a este pasado tan próximo, es porque en la Facultad, Fernando Ocaranza, quien era entonces su director, y quien tuvo la energía suficiente para vencer las críticas y salvar los obstáculos, pudo llevar a cabo su programa de los años 24 al 28, contando con el apoyo del rector Alfonso Pruneda, y de un discípulo de éste que había llegado a ser ministro de Educación, Juan Manuel Puig Cassauranc. Buena parte de la empresa llevada a cabo en aquellos años corresponde a la actitud serena de quien entonces regía la Universidad.

Considero ocioso hablar de la obra docente del doctor Pruneda en los últimos tiempos, pues es de sobra conocida por todos. La falta de espacio y tiempo no permite hablar acerca de las numerosas actividades que ha empleado en la enseñanza profesional, en conferencias de divulgación, en los cargos de director de Acción Educativa del Departamento Central o en el de Actividades Académicas y el Departamento de Publicaciones de la Universidad, como organizador o como miembro de congresos científicos nacionales y extranjeros y como secretario perpetuo de la Academia Nacional de Medicina.

A nuestra Asociación ingresó el 28 de noviembre de 1923, y fué su secretario perpetuo desde el 12 de mayo del año siguiente, cargo que desempeñó hasta el año pasado, cuando, en atención a sus méritos, la Academia lo nombró socio honorario, distinción a que era acreedor y que sólo se ha concedido a unos cuantos hombres que han hecho mucho por la ciencia.

El tema de estas páginas, *La obra docente y académica del doctor Alfonso Pruneda*, fué demasiado ambicioso para que pudiera desarrollarse en estos minutos. Un libro sería necesario para hablar acerca de su obra en el progreso cultural y social de México.

En el medio siglo de vida profesional que hoy festejamos, fué el doctor Pruneda un sembrador de afectos, de saber y de cultura. Lo que él sembró lo ha recogido, acaso en campos y momentos inesperados, y sin pensar, tal vez, que fueron sus enseñanzas las que arrojaron la semilla.

**ALOCUCION PRONUNCIADA POR EL DOCTOR GABRIEL M. MALDA  
EN LA ACADEMIA DE MEDICINA, EL 13 DE AGOSTO DE 1952, CON  
MOTIVO DE LAS BODAS DE ORO DEL DOCTOR ALFONSO PRUNEDA**

Señor Presidente: Señores Académicos: Señor doctor Alfonso Pruneda:  
Señoras y Señores:

El doctor Luis Gutiérrez Villegas, presidente actual de nuestra corporación, y el señor doctor Francisco Fernández del Castillo, secretario de la misma, han tenido la feliz idea de ofrecer este homenaje al doctor Alfonso Pruneda, con motivo de sus bodas de oro profesionales. Este hecho formula un bello precedente, que desgraciadamente había quedado en el olvido, durante el historial de nuestra Academia; es digno de aplausos y alabanzas para sus iniciadores.

Al hacerme la distinción los aludidos funcionarios, de que yo fuese el que pronunciara estas breves palabras, debe haberles inspirado el afecto y amistad que mutuamente nos profesamos, disipándose toda idea de mérito personal.

Tarea difícil, en verdad, es el perfilar de manera sintética el desarrollo de una vida profesional deslizada durante cincuenta años en lucha siempre titánica y guiada por el camino de la rectitud y del bien. Al intentar describirla, tienen que venir a mi memoria añoranzas culminantes, vividas al lado del agasajado, en momentos de alegría y en épocas de amargura. Quizá pueda caer en presunciones involuntarias, que sólo la benevolencia puede disculpar.

Como imágenes esfumadas por una neblina, o vistas a través de un tul, recuerdo las viejas salas ruinosas, pobres y desaliñadas del Hospital de San Andrés; con los pisos gastados por el roce continuo de las pisadas de tantas generaciones que por allí pasaron, y cuyo recuerdo el tiempo se ha encargado de borrar. Aquel ambiente estaba impregnado de tristeza y cierto misticismo, que obligaban al respeto y provocaban la compasión.

Aquella atmósfera de melancolía y congoja era interrumpida de cuando en cuando por la voz del médico de sala que, pasando su visita cotidiana y

seguido por un grupo de estudiantes, les proporcionaba opimas enseñanzas con su convincente palabra y riqueza de pensamiento.

Todo era pobreza, congoja y dolor; pero la exquisita educación y el ejemplo de las buenas costumbres, el respeto mutuo y la caricia unida a la oración para el moribundo, allí se prodigaban por estudiantes y maestros. El doctor José Terrés, en las épocas a que me refiero, inauguró una clínica particular de Propedéutica Médica, dada en una pequeña pieza anexa a una de las salas de Medicina Interna del Hospital aludido; fué allí donde, por primera vez, conocí al doctor Pruneda, al discípulo predilecto del doctor Terrés; al alumno que en compañía de Genaro Escalona, Alfonso Ochoa, y otros más, ha honrado siempre la memoria de su maestro. No eran las épocas en que los adelantos del laboratorio y los rayos X venían en auxilio de un diagnóstico y decidían una terapéutica. Empero, esa luz divina que Dios encendió en el cerebro del hombre, y que se llama la razón, resplandecía brillante y pura con poder mágico y potencialidad insólita, penetrando hasta los lugares más recónditos del organismo en la búsqueda de la enfermedad.

Cuando presencié que la piqueta demoledora derrumbaba el viejo edificio, sentí desprenderse algo de mi alma, algo de lo más íntimo de mi ser, pensando que allí se habían verificado siempre las últimas pruebas para dar el título profesional a tantas generaciones. Recordé que en aquel edificio se me extendió el documento que ha sido la compensación mayor a tantos años de penas y desvelos. Sin embargo, en la naturaleza todo es transformación y resurgimiento. Allí donde estuvo este Hospital de San Andrés, hoy se levanta el precioso edificio de la Secretaria de Comunicaciones.

Aunque la construcción desapareció, aquel terreno, aquella tierra, habla, no ha enmudecido; los recuerdos de los ilustres varones que allí desfilaron nunca se olvidarán, y su memoria vivirá perdurable a través de los siglos en la historia de la medicina, como vive en mis recuerdos la pieza modesta, de escasas dimensiones y pobremente amueblada en que nos conocimos el doctor Pruneda y yo.

¡Nada podrá detener la marcha del tiempo! La vida marcha siempre hacia adelante; todos somos el juguete de la causalidad y de la casualidad. Cuando se terminó el curso de clínica del doctor Terrés, ya al doctor Pruneda lo veía de cuando en cuando al lado de su maestro y continuando sus últimos estudios.

Viene el año 1900 en que sustento mi examen profesional, y entonces me alejo del Hospital de San Andrés, cuna de las enseñanzas del maestro Terrés y sus discípulos, enfocando mis inclinaciones a la cirugía en el Hospital Juárez, y al mismo tiempo dedicándome a estudios anatómicos.

Las olas del destino nos habían llevado a playas diferentes, pero el arte nos vuelve a unir años después. El doctor Pruneda y yo éramos de los concurrentes asiduos a los conciertos que el inolvidable maestro Carlos J. Meneses dirigía con su batuta inimitable. El fundó la Orquesta Sinfónica en aquellas épocas; ¡nunca podrá borrarse su recuerdo!

Tiempos felices en que por vez primera se dió a conocer la música religiosa de Massenet; cuando se interpretaron la *Virgen*, la *Magdalena*, y la *Eva*, traducidas por mi padre y arregladas a la música por el mismo maestro Meneses. En esa orquesta debe recordar el doctor Pruneda las figuras destacadas de Pedro Valdés Fraga, Alberto Amaya, y en el cuerpo de coros y cantantes, la señora Antonia Ochoa de Miranda, Virginia Galván, Roberto Marín, sobresaliendo también María Luisa Escobar, quien ya anunciaba su brillante porvenir artístico.

El doctor Pruneda reveló desde estudiante su sentimiento literario y el amor a la música: ejecutaba en el piano difíciles composiciones, y unía a su buena ejecución un exquisito sentimiento. En las épocas en que don Justo Sierra estaba a la cabeza de la Secretaría de Educación y Bellas Artes, el doctor Pruneda reveló, en el puesto docente que se le confió, dotes de organización, que lo hicieron distinguirse. Su honorabilidad, su rectitud y la disciplina aprendida al lado de su maestro Terrés, dieron a su labor inmenso brillo.

Sigue deslizándose el tiempo; yo seguí al doctor Pruneda en sus labores y progresos en aquella Secretaría, a través de mi padre, que desempeñaba entonces el puesto de inspector de Bellas Artes y Alta Literatura, lo mismo que a través del poeta Luis Urbina, de Manuel M. Ponce, de Leopoldo Kiel y otros más, quienes hacían elogios calurosos del doctor Pruneda.

Viene la caída del general Díaz, el cambio de gobierno, y las conmociones que trajo. ¡Volvemos a no vernos! Pero, como siempre acontece, los grandes afectos nacen más bien en el dolor que en las horas de placer. ¡Penas, y muy grandes, nos sobrevinieron, que estrecharon nuestros lazos de amistad, y de tal manera, que las olas de la envidia que han intentado separarnos, siempre se han estrellado y besado nuestros pies! Aparece un lapso en que las pasiones surgidas por la Revolución se desencadenan y lastiman valores, calumniando aun a figuras inocentes, que no tenían más culpa que tener vínculos de familia con personas que sostenían ideas diferentes, y que respetaban con toda lealtad.

El doctor Pruneda y yo estábamos unidos con los lazos sinceros de una amistad inquebrantable, aumentada con los vínculos del trabajo. Laborábamos juntos en mi sanatorio acabado de establecer, y él era el internista distinguido y encargado de los estudios de laboratorio. Viene el mes de febrero

del año de 1920, y se anuncia que el profesor japonés Hideyo Noguchi, de la Institución Rockefeller, se encuentra en México. Desgraciadamente, había pasado inadvertida su presencia; tal vez el Gobierno, preocupado por los delicados problemas de la política, no aquilataba el valor y prestigio que traía aquel hombre de fama ya mundial.

Reunidos una tarde el doctor Pruneda, el doctor Jesús Monjarraz, mi esposa Virginia y yo, de sobremesa en mi casa, cambiamos impresiones sobre este asunto, lamentando la indiferencia que las autoridades habían tenido con el profesor aludido. Brotó entonces la idea de hacerle un modesto homenaje en mi casa particular, para ofrecerle la admiración y respeto que los médicos mexicanos teníamos hacia él.

Unos cuantos días después, el pensamiento surgido se transformaba en una realidad.

Fueron invitados, sin distinción de amistad o simpatía, todos los médicos de valer intelectual en esos tiempos, quienes dieron un gran brillo a aquella recepción. Se hizo música selecta, en cuya organización tomó parte activa el doctor Pruneda, terminándose aquella velada con un *lunch-champagne*, que dejó gratos recuerdos a los concurrentes.

En algunos momentos de descanso, revisando los documentos de mi archivo, he encontrado las fotografías tomadas en aquella noche memorable. Se me pasma el corazón y mi mente se exalta, al ver en ellas la transformación en un cementerio, del que surgen inmarcesibles recuerdos; memorias que ya no existen; luces que brillaron, para desaparecer en el zenit de su esplendor. Corazones que dejaron estereotipados sus latidos en lo más íntimo de nuestro espíritu, y al contemplar estas imágenes se apodera de mí una actividad nerviosa que me despierta accesos de alegría, pero también impulsos de llorar.

Aquella noche, y aquellas fotografías, marcan que la vida cambia cuando menos se espera. ¡Que nadie sabe lo que sucederá el día de mañana!

Se anuncia el mes de mayo del mismo año de 1920. ¡México se conmueve!, parece que se hunde la tierra y el cielo se desploma; el Gobierno del señor Carranza ha sido derrocado en unas cuantas horas. Nadie, poco tiempo atrás, podía haber previsto ese trágico desenlace; la emoción en esos momentos parecía haber sido lanzada a los cuatro vientos. Se presenta nuevamente el drama que hace sollozar en diferentes páginas de nuestra historia: "la Imposición"; la hacía el señor Carranza. Drama en cuyo último acto está siempre la apoteosis triunfal del espíritu, con la fuerza que sobre lo temporal tiene lo eterno y definitivo de los principios y de las ideas!

Hay en la vida de los hombres una etapa gloriosa y desinteresada, durante la cual se lanzan a la conquista de la idea; pero el tiempo se encarga de

hacer mutaciones inexplicables, que rompen los ideales y abisman las reputaciones.

México se encontraba desde esos momentos bajo un régimen militar; las garantías individuales estaban suspendidas.

Aun no salía yo de la sorpresa de aquel acontecimiento, cuando se presentó en mi consultorio el doctor Luis G. Cervantes, revolucionario de los más puros ideales y de honorabilidad acrisolada. Tenía el grado de coronel. El objeto de su visita fué el entregarme un documento. Era una orden asociada a un nombramiento, para que me hiciese cargo del Departamento de Salubridad de la República.

Al leer aquel escrito mi primer impulso fué la negativa; porque vinieron a mi mente ideas en tropel, que simbolizaban pensamientos llenos de pesimismo.

No se trataba de un puesto otorgado por un Presidente constituido. El Presidente Constitucional existía, lo mismo que su gabinete. Mi nombramiento lo hacían jefes militares que habían derrocado al Gobierno, y ¡qué peligro para mí, si la Revolución no triunfase y los poderes volvieran a establecerse! Mi paz, mi tranquilidad adquirida con tantos sacrificios y sinsabores; mi vida independiente, lograda a fuerza de privaciones, todo se desplomaría en un segundo, y me vería obligado al ostracismo.

Inútiles fueron los argumentos planteados a mi buen amigo; me indicó que no sólo llevaba la comisión de entregarme aquellos papeles, sino la orden de conducirme a tomar posesión del puesto; el Consejo de Salubridad estaba ya reunido, me dijo, el tiempo vuela, ¡vámonos! ¡Recuerda que estamos bajo un régimen militar! Son órdenes, no súplicas. De esta manera referida sucintamente, me hice cargo del Departamento de Salubridad de la República, instalado en esas épocas en el vetusto edificio de la ex-Aduana de Santo Domingo.

Pude darme cuenta, desde el primer día que tomé posesión, del obstruccionismo que se desarrollaba hacia mí; pero no pedí una renuncia general, por los perjuicios que podía ocasionar a familias inocentes, y los enemigos que haría brotar, por un puesto que provisionalmente estaba desempeñando. El que viniese de modo definitivo, se encargaría de hacerlo todo.

Estaba en esos tiempos como Jefe del Departamento de Salubridad el general y doctor José María Rodríguez, amigo mío, y a quien también invité en la memorable velada dedicada a Noguchi,

Lo dije anteriormente: ¡la vida cambia cuando menos se espera! ¡nadie podría imaginarse esa noche lo que el destino nos tenía reservado a los dos! Llevaba tres días de trabajar sin descanso de día y de noche; ni un momento me separaba de aquellas oficinas; mis alimentos eran llevados

de mi casa; el sueño me vencía, y sólo despertaba al ruido de las cornetas y tambores que sonaban a toda hora, porque la comandancia militar estaba instalada en el mismo edificio. A los tres días de aquella labor en un medio tan hostil para mí, me decidí a designar secretario general del Departamento, nombramiento que tenía que recaer en persona de mi absoluta confianza. Mi primer pensamiento fué el señor doctor Pruneda, con quien me unían amistad, cariño y ya lazos espirituales, por haber llevado a la pila bautismal a una de sus hijitas.

En la entrevista que tuvimos rehusó terminantemente a tomar el puesto por circunstancias diversas, que le hice ver podrían desvanecerse. Sólo después de larga plática, accedió, formulándole el argumento "de que si no estuviese contento, o algo le contrariara, sobraba tiempo para que con toda libertad pusiese su renuncia". Desde ese momento el doctor Pruneda fué nombrado Secretario General del Departamento de Salubridad de la República, colaborando a mi lado, durante los períodos presidenciales del señor don Adolfo de la Huerta y del general Alvaro Obregón.

A partir de ese día, unidos siempre, soportamos el peso duro de la organización de la Salubridad en la República. Epoca terrible, cuyos recuerdos aun nos conmueven a los dos.

La peste bubónica se encontraba en Veracruz, Tampico y Cerritos; la fiebre amarilla invadiendo los litorales del Golfo y el Pacífico; el tifo extendido en la República, y la viruela también apareciendo en diferentes lugares. No había dinero, puesto que todo el tesoro había emigrado en la comitiva del señor Carranza. Sin Presidente de la República, no teníamos ni apoyo oficial ni pecuniario de ninguna clase. La Capital bajo un régimen militar; ¡comprendíamos que estábamos jugando nuestras vidas!, ¡parecía que todo se enfrentaba con el propósito de hundirnos!

A cada momento el telégrafo nos comunicaba noticias desagradables. El doctor Pruneda, con infatigable energía, contestaba las resoluciones tomadas. Las antecelas del edificio se hallaban plétóricas de gente, que pedía informes sobre los acontecimientos. Periodistas, industriales, comerciantes, funcionarios y militares.

Instante por instante surgía algo desagradable, y el doctor Pruneda se jugaba a mi lado su reputación y su vida.

Uno de tantos días apareció un incidente muy serio, en que la Capital estuvo a punto de verse invadida por la peste.

Me comunican la noticia a la una de la madrugada, de que un convoy militar salía de Veracruz rumbo a México, llevando soldados y soldaderas infectados de peste bubónica. La gravedad del caso me hizo dirigirme a esas horas a la oficina telegráfica del Ferrocarril Mexicano. Me puse al habla con

el jefe militar que pretendía tal desacato, identificándome como la suprema autoridad sanitaria. Su contestación fué que "sus águilas estaban por encima de todo".

Las cuatro de la mañana sonaban ya en el reloj de la estación. Me acompañaba un oficial cuya memoria nunca olvido; la tenemos grabada el doctor Pruneda y yo, se llamaba Benito Ramírez. Era todo lealtad, todo hombría y disciplina; un verdadero soldado. Mi resolución fué encaminarme a la Comandancia Militar de la plaza para tener una entrevista con el general Sidronio Méndez, que en esos momentos era el jefe supremo en la capital.

Hombre de criterio, comprendió el grave peligro cuando le referí lo que acontecía, y se puso a mis órdenes, conviviendo en que, al despuntar el día, un fuerte contingente de tropa saldría rumbo a Veracruz, para detener a aquel inconsciente que traía la desgracia a la Capital. Mis órdenes fueron terminantes: detener la marcha del convoy donde venía el peligro, batiendo a aquel enemigo, volando algún puente, o hacer lo que las circunstancias pidiesen. Ya para salir el tren militar por la estación de Buenavista, me comunican que de Veracruz pedían urgentemente que tomase el hilo telegráfico. Era el general aludido; pedía tener una conferencia conmigo; me hizo saber que conocía ya mi decisión y que formularía en mi contra acusaciones muy serias por mis órdenes arbitrarias. Que estaba ya en Soledad y que únicamente pretendía avanzar tres o cuatro estaciones más para dar agua y rancho a su tropa. Mi respuesta fué terminante e irrevocable; le exigí el regreso inmediato, sin excusa ni pretexto, lo que hizo unas cuantas horas después.

En uno de los días más angustiosos, llegando a la oficina, me mostró el doctor Pruneda la prensa cotidiana anunciando que el Congreso de la Unión se reunía para elegir Presidente.

Para nosotros fué aquella noticia como un rayo de luz que aparece en una noche oscura. Nuestros deseos eran tener un gobierno constituido para formular ante él nuestras renunciaciones y separarnos de aquellos puestos que tantas penas y disgustos nos estaban produciendo.

Sale de Presidente el señor Adolfo de la Huerta; no tenía yo el honor de conocerlo; le pido una audiencia, y en ella le hago breve relato de las condiciones en que se encontraba la Salubridad; la conducta seguida por mí, y mis colaboradores, al hacernos cargo del Departamento; le indiqué que habíamos puesto toda la inteligencia y buena voluntad para servir a nuestra Patria, siempre esperando la llegada del señor Presidente, para darle las gracias y poner en sus manos nuestras renunciaciones. Le entregué la mía, y no la quiso aceptar. A partir de aquel momento, el doctor Pruneda y yo inicia-

mos una labor difícil, comprometida, espinosa, pero compensada por las satisfacciones íntimas del cumplimiento del deber; ¡que es la condecoración más sublime, a la que el hombre debe aspirar!

Durante la época del señor De la Huerta, el doctor Pruneda trabajó a mi lado, con el espíritu organizador que todos ustedes conocen.

En contacto directo con la parte administrativa, me ponía cotidianamente al tanto de los diferentes problemas que se iban presentando, resolviéndose lo conducente al momento, debido a que por las circunstancias anómalas en que se encontraba el país me dirigía al señor Presidente en cualquier día y a cualquiera hora que fuesen necesarios.

El tiempo pasó durante la Presidencia del señor De la Huerta trabajando noche y día, teniendo como visual culminante las campañas emprendidas contra la peste y fiebre amarilla; constantemente se comunicaban con el doctor Pruneda nuestros delegados en Veracruz, Tampico y demás lugares, donde se encontraban las enfermedades que amenazaban la República.

Al ratificarse la noticia de que en nuestro territorio se encontraban la peste y fiebre amarilla, los Estados Unidos entraron en gran alarma, y el doctor Goodman Attaché, Médico de la Embajada Americana, se dirigió a nuestro Departamento poniendo a nuestras órdenes el cable americano. El mismo manifestó sus deseos de cooperar en lo que quisiésemos. El médico aludido era un buen amigo del doctor Pruneda y mío; se había recibido también en México, y yo lo había relacionado con algunos de mis maestros de aquellos tiempos, como el doctor José María Bandera, el doctor Eduardo Liceaga y el doctor Angel Gaviño Iglesias, para ayudarlo en la preparación de su examen profesional. Por intermedio de él nos relacionamos con diferentes médicos americanos. Recuerdo con gran cariño al doctor Lister Lombard, que era el jefe de la campaña de la peste bubónica en Nueva Orleans; al doctor Michel lo recuerdo con mucho afecto, especialista en anatomía patológica de los roedores y en desratización. El doctor Pruneda estuvo en contacto directo con éste último, formando el proyecto para destruir las ratas, que fué coronado con un gran éxito.

La Banca, el Comercio y la Industria, cooperaron económicamente en aquellas campañas, pues el presupuesto para Salubridad era raquítico: ascendía sólo a dos millones y medio de pesos anuales, y lo poco que había, se lo llevaron a la salida del señor Carranza, como lo indiqué anteriormente.

Convenimos el doctor Pruneda y yo, que por nuestro departamento no pasase un solo centavo; que nosotros formularíamos los pedidos que se fueran necesitando, y que las comisiones directamente se encargarían de cubrirlos. Le comuniqué al doctor Pruneda las ideas de orientación estipuladas por el señor De la Huerta de que "el Departamento de Salubridad

debía de estar alejado de toda política". Esto lo cumplimos durante las presidencias del señor De la Huerta y del general Obregón, periodos en que estuvimos al frente de la Institución.

Se extendieron más de 252 nombramientos para reforzar el personal existente y cubrir las nuevas plazas que pedía la campaña. Nuestra visión se enfocó, no a la amistad ni a las recomendaciones, sino a la honorabilidad, competencia y rectitud de los designados. A ellos se debe el éxito alcanzado, distribuidos en diferentes lugares de la República, exponiendo sus vidas y sacrificando intereses. Vienen a mi memoria los nombres de Pérez Govar, González Fabela, Alfredo Iglesias, Alfredo Cuarón, Gustavo Cacho, Manuel Macías, Francisco de P. Miranda, Gustavo Baz, Ramón Ojeda, Daniel Vergara Lope, Francisco de P. Echeverría, Agustín Aguirre, Luis Gutiérrez Villegas, Pablo Barrueta, Conrado Zuckerman, Raoul Fournier, Carlos Alatorre y otros cientos más, cuyos nombres conservo con gran cariño, en álbumes, donde se encuentran en copias fotostáticas sus nombramientos extendidos en aquellos tiempos.

El doctor Pruneda representó al Departamento de Salubridad en diferentes convenciones verificadas en el extranjero, siempre realizando su labor y poniéndole a la altura de su prestigio.

Debe recordar el doctor Pruneda que el período presidencial del señor De la Huerta fué la prueba más dura por la que pasó, pero, unidos los dos en ideas, y dedicados al mismo fin, nunca discrepamos, y nuestra visión se lanzaba como la flecha que no mira sino al blanco donde va a pegar. En el período del general Obregón nuestros pensamientos estaban ya plasmados; algunas ideas surgían de él, otras yo las edificaba, y en este lapso presidencial pudimos trabajar con la amplitud de todos conocida. Durante esta época que desempeñó el doctor Pruneda el puesto de Secretario General se hicieron muchas modificaciones y reformas, encaminadas a reorganizar la Salubridad de la República. Fué cambiada la oficina central del Departamento, del viejo y sucio edificio que ocupaba, al Paseo de la Reforma No. 93.

Se obtuvieron numerosos edificios para el establecimiento de los centros de vacuna antirrábica, y se desarrolló una campaña antivenérea. Aquí el doctor Pruneda, unido con el doctor Castillo Nájera, tuvieron grandes triunfos.

El Instituto que antiguamente se llamaba "Bacteriológico" se transformó en Instituto de Higiene, donde se hicieron toda clase de investigaciones biológicas, preparándose ya vacunas y sueros.

En esta época fué creada la Escuela de Salubridad, estableciéndose las cátedras de Bacteriología para señoritas, con el pensamiento de que fuesen

colaboradoras de los delegados de puertos y fronteras. Siendo Secretario de Salubridad el doctor Pruneda también se verificó un congreso de delegados de puertos y fronteras y Estados de la República, que obtuvo brillante éxito.

Hubo otro congreso que sugirió el doctor Pruneda, "el del Tabardillo", en que se unificó el criterio para combatir la terrible enfermedad. Otra campaña fué contra la meningitis cerebroespinal, aparecida en el Estado de Oaxaca en el año de 1923.

Cuando la Institución Rockefeller se unió al Departamento de Salubridad se obtuvo el gran triunfo de que sus delegados estuviesen a las órdenes del Jefe del Departamento de Salubridad.

El doctor Pruneda siempre dirigió sus ideas a la protección de la infancia, edificando todo lo que a ella se refiriese.

Sugirió también la idea de que en la consumación de nuestra independencia se celebrase una Semana del Niño, que fué cristalizada con muy buenos resultados.

Del doctor Pruneda brotó asimismo el pensamiento de publicar un periódico, llamado *El Mensajero de la Salud*, para ilustrar a las masas en asuntos de higiene.

Uno de los puntos culminantes que se desarrollaron en esta etapa de la Salubridad, fueron las ideas del general Obregón, entonces Presidente de la República, de construir un gran sanatorio para tuberculosos, que fuese el primero en el mundo. Existe un acuerdo firmado por él con fecha 16 de marzo de 1921.

Este gran mandatario siempre se preocupó por el desarrollo que iba tomando la tuberculosis en nuestro medio, y ordenó la compra del rancho de la Marquesa, formándose un gran proyecto, con todos los detalles, el cual llevé a Ginebra ante el Congreso de Protección de la Infancia. El éxito que tuvo este proyecto, le valió al primer mandatario un telegrama de felicitación del Congreso, firmado por el Conde de Biart, Ministro de Bélgica, Presidente del mismo Congreso.

Es muy justo en estos momentos recordar la memoria del general Obregón, de este gran mandatario que, con su preclaro talento, no sólo veía la parte política de su administración, sino que su clara inteligencia estaba siempre al lado del hombre de ciencia.

Fué el primero que, no siendo médico, comprendió el grave peligro del fantasma de la tuberculosis que se cernía sobre nuestra Patria. Aunque su nombre nunca ha aparecido como el primer iniciador para combatir la terrible enfermedad, que sirva este homenaje para aclararlo y para glorificar su memoria.

No pormenorizo en esta noche las satisfacciones que obtuvo el doctor Pruneda en el Departamento de Salubridad. Lo que he querido recalcar son los sinsabores, penas y peligros que pasó el doctor Pruneda en esa etapa de su vida, en la que afirmó más sus dotes de organizador y su honorabilidad acrisolada. ¡Levanta más al hombre la copa del dolor, que el néctar del placer y la alegría! Los momentos de júbilo son efímeros; las llagas que dejan las penas son eternas.

Mi intención ha sido avivar esta noche, en la memoria del doctor Pruneda, las torturas, las tormentas que pasamos juntos, en aquellas épocas que no teníamos ni canas ni arrugas, y que tanto contribuyeron para iniciarlas. He querido perfilar ante esta Academia la figura del agasajado, en los momentos en que se aquilatan las actividades, los atributos de un hombre, en los que se revelan el carácter y los principios sólidos de una educación inquebrantable.

El doctor Pruneda deja el Departamento de Salubridad; ¡pero este Departamento no lo ha dejado a él; su memoria siempre es allí recordada!

Se despidió de nuestra Academia como Secretario Perpetuo; hizo mucho por ella, sacrificó tiempo y salud, como en el puesto que tuvo en Salubridad.

Me faltarían tiempo y espacio para poner de relieve, para elevar, para culminar, la figura del doctor Pruneda.

Si estuviese en mis manos, fabricaría una corona inmarcesible de gloria, la que pondría sobre su frente, simbolizando los triunfos que obtuvo en el Departamento de Salubridad.

Sin embargo, quizá en su memoria, y en momentos de meditación, al pensar en la Academia y en el Departamento de Salubridad, le venga el recuerdo de sus tiempos juveniles, cuando leyendo a uno de nuestros poetas preferidos en aquellos tiempos, repetíamos esta estrofa.

¿Quieres que de ese néctar delicioso  
no te amargué la hez?  
Pues aspirale, acércale a tus labios  
y déjale después.  
¿Quieres que conservemos una dulce memoria  
de este amor?  
Pues amémonos hoy mucho, y mañana  
digámonos ¡adiós!

## PALABRAS DEL DOCTOR ALFONSO PRUNEDA \*

Sinceramente conmovido, principio agradeciendo a mi distinguido amigo el señor presidente de la Academia y a los demás miembros de la Mesa Directiva, el que hayan organizado esta expresiva manifestación de afecto. Mi agradecimiento también para mi buen amigo el doctor Malda por el recuerdo bondadoso que ha hecho de la época en que trabajamos juntos en el Departamento de Salubridad Pública, y para mi también estimado amigo el doctor Fernández del Castillo por su comentario amable de mi labor docente y académica. Para todos, mi sincera gratitud.

Permitáseme, ahora que, a riesgo de cansar la atención de las personas que me han proporcionado la satisfacción de acompañarme en este acto, haga un breve recuerdo de mis estudios en la querida Escuela de Medicina, que culminaron en la expedición de mi título de médico cirujano. Por lo menos, creo que será curioso conocer, siquiera someramente, cómo se hacían esos estudios a fines del siglo pasado y principios del presente.

Terminados mis cursos en la no menos querida Escuela Preparatoria en 1896, el 30 de diciembre de este año me inscribí en la de Medicina, de la que entonces eran director y secretario, respectivamente, los doctores Manuel Carmona y Valle y Alberto López Hermosa. Por la muerte de mi padre el doctor profesor don José de Jesús Pruneda, acaecida el 4 de septiembre de 1897, no pude sustentar en octubre examen ordinario de primer año, pero lo pasé como extraordinario en diciembre. Los estudios correspondientes a los otros cuatro años de la carrera los hice, ya regularmente, en 1898, 1899, 1900 y 1901, ayudándome para hacerlos con una beca mensual de veinte pesos que se sirvió concederme el señor ministro Baranda por los servicios prestados por mi padre a la instrucción pública, con lo que me producían las clascitas de piano y de lecciones de cosas que di en varios colegios particulares y con el sueldo de practicante del Hospital "Concepción Béistegui", en el que presté mis servicios de diciembre de 1900 a junio de 1902.

\* Pronunciadas en su homenaje el 13 de agosto de 1952.

A fines de 1901 comencé a escribir mi prueba escrita, mi tesis, para el examen profesional, eligiendo como tema "La tuberculosis pulmonar incipiente. Sintomatología y diagnóstico", la cual, al ser impresa, la dediqué a mi querido e inolvidable maestro el doctor don José Terrés, quien también me prestó su valiosa ayuda durante mi carrera. Sustenté el examen profesional los días 20 y 21 de mayo de 1902. El jurado respectivo estaba formado por los doctores Tomás Noriega, presidente; Alfonso Ruiz Erdozain, Francisco Hurtado, Angel Gaviño Iglesias y Francisco Vázquez Gómez; actuaba como secretario el doctor Terrés, que lo era también de nuestra querida Escuela. Como fuí aprobado por unanimidad, solicité el título correspondiente, el cual, firmado por el licenciado Justino Fernández, Secretario de Justicia e Instrucción Pública, se me expidió el 11 de junio de 1902, acaba de hacer 50 años, "por haber hecho todos los estudios requeridos para desempeñar las funciones oficiales de la profesión de Médico Cirujano".

Durante los cinco años de estudios hice los siguientes cursos que voy a agrupar por series, en ahorro de tiempo: Anatomía Descriptiva. Anatomía Topográfica. Disecciones. Histología Normal. Fisiología. Higiene. Anatomía Patológica. Histología Patológica. 1º y 2º cursos de Patología Médica. 1º y 2º cursos de Patología Quirúrgica. 1º y 2º cursos de Clínica Médica. 1º y 2º cursos de Clínica Quirúrgica. Patología General. Medicina Operatoria. Repetición de Operaciones. Farmacia Galénica. Terapéutica Médica. Obstetricia. Clínica de Obstetricia. Medicina Legal. En total: 24 materias; 4 en el primer año; 4 en el segundo; 6 en el tercero, y 5 en el cuarto y en el quinto.

Mis profesores eran ejemplarmente puntuales; no eran simples "tomadores de clases"; frecuentemente hacían explicaciones y ampliaciones, teniendo en cuenta, cuando era necesario, la realidad mexicana; ponían en juego, no solamente la memoria de sus alumnos, sino también su juicio. De todos ellos guardo el mejor de los recuerdos, y a la mayor parte de ellos consideré y sigo considerando como verdaderos maestros. Solamente tuve una obra de texto en español, el *Manual de Histología Normal*, de don Santiago Ramón y Cajal, que se introdujo en la enseñanza en 1897, año en que cursé esa asignatura; los demás textos eran franceses, y entre ellos me dejaron imborrable impresión la *Anatomía Topográfica* de Tillaux, y el *Manual de Operaciones* de Farabeuf. Conservo todavía en mi modesta biblioteca la mayor parte de esos libros, en los cuales, bajo la dirección de mis profesores y maestros, me inicié en el estudio de la Medicina.

Desearía aprovechar esta oportunidad para rendir público homenaje de gratitud y de respeto a todos ellos; pero, en la imposibilidad de hacerlo por la premura del tiempo y el deseo de no fatigar más la atención de mis apre-

ciables oyentes, me voy a limitar a enunciar los nombres de quienes fueron presidentes de esta Academia Nacional de Medicina y cuyos retratos honran este salón: doctor Manuel Carmona y Valle, director de la Escuela y profesor del 2º curso de Clínica Médica; doctor Rafael Lavista, profesor del 2º curso de Clínica Quirúrgica; doctor José María Bandera, profesor de Fisiología y padre de mi buen amigo Benjamín, a quien saludo afectuosamente en este momento; doctor Francisco de P. Chacón, profesor de Anatomía Topográfica; doctor Demetrio Mejía, profesor de 1er. curso de Clínica Médica; doctor, José Ramón Icaza, profesor de Medicina Operatoria; doctor José Terrés, profesor de 1º y 2º cursos de Patología Médica; doctor Francisco Vázquez Gómez, profesor de 1º y 2º cursos de Patología Quirúrgica; doctor Manuel Gutiérrez, profesor de Obstetricia Teórica; doctor Nicolás Ramírez de Arellano, profesor de Medicina Legal; doctor Manuel Toussaint, profesor de Anatomía e Histología Patológicas; y doctor Domingo Orvañanos, profesor de segundo curso de Clínica Médica a la muerte del doctor Carmona y Valle. Como antes dije, de todos ellos guardo el mejor de los recuerdos, y ahora, en esta solemne ocasión, para mí tan grata, les rindo públicamente mi más respetuoso homenaje.

Ya es tiempo de concluir; pero antes de hacerlo, reitero mi profundo agradecimiento a mis buenos amigos los organizadores de esta inolvidable manifestación de simpatía, y a quienes han tenido la bondad de ocuparse de quien se complace en llamarse su amigo. También deseo saludar y expresar mi gratitud a las demás personas que han tenido la bondad de concurrir a esta para mí inolvidable sesión: mis apreciados colegas de la Academia; los compañeros que, sin ser académicos, están con nosotros; otros buenos amigos míos que no menciono individualmente para no demorar más a todos; y, para cerrar con broche de oro esta demostración de gratitud, la hago presente a las damas que han querido honrar este acto con su presencia y, sobre todo, darme la satisfacción de verlas cerca de mí en esta ocasión, en esta singular prueba de simpatía y de afecto, que también van a recordar muy complacidos los miembros de mi familia, que vinieron a acompañarme. Muchas, muchísimas gracias.